

Alianza Universidad

Daniel Bell

El advenimiento
de la sociedad
post-industrial

Un intento de prognosis social

Versión original de
Raúl García y Eugenio Gallego

Alianza
Editorial

Título original:

The Coming of the Post-Industrial Society

(Publicado en inglés por Basic Books, Inc. Nueva York)

Primera edición en "Alianza Universidad": 1976

Primera reimpresión en "Alianza Universidad": 1986

© 1973 by Daniel Bell

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 1986

Calle Milán, 38; 28043 Madrid; teléf. 200 00 45

ISBN: 84-206-2149-8

Depósito legal: M. 29.999-1986

Compuesto en Fernández y Velázquez, S. L.

Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)

Printed in Spain

INDICE

Prefacio	11
Introducción	17
1. Desde la sociedad industrial a la post-industrial: teorías del desarrollo social	67
2. De los bienes a los servicios: la forma cambiante de la economía ...	147
3. Las dimensiones del conocimiento y la tecnología: la estructura de la nueva clase de la sociedad post-industrial	197
4. La subordinación de la corporación. La tensión entre los modos de economizar y los de sociologizar	311
5. Elección social y planificación social: la adecuación de nuestros conceptos e instrumentos	347
6. «¿Quién decidirá?» Políticos y tecnócratas en la sociedad post-industrial	391
Coda. Una agenda para el futuro	423
Índice onomástico	565
Índice de materias	574

por reglas mecánicas (y con frecuencia por el beneficio y la conveniencia del personal burocrático), entonces el principio se ha extralimitado inevitablemente.

Todos esos cambios tienen lugar en el contexto de una sociedad que está multiplicando sus elementos constitutivos (especialmente las pretensiones científicas y técnicas), que mezcla decisiones tecnocráticas y políticas, y que contempla el crecimiento de una nueva clase que puede o no estar luchando por establecer una coherencia corporativa como nueva clase dirigente de la sociedad. Son todos estos temas los que configuran los problemas de una sociedad post-industrial.

El concepto de sociedad post-industrial no es un cuadro del orden social total; es un intento por describir y explicar un cambio axial en la estructura social (definida como la economía, la tecnología y el sistema de estratificación) de la sociedad. Pero tales cambios no implican ningún determinismo específico entre una «base» y una «superestructura»; por el contrario, la iniciativa para organizar una sociedad proviene actualmente del sistema político. Lo mismo que diversas sociedades industriales —los Estados Unidos, Gran Bretaña, la Alemania nazi, la Unión Soviética, el Japón de después de la Segunda Guerra Mundial— poseen rasgos políticos y culturales claramente diferentes, también las sociedades que están entrando en una fase post-industrial tendrán configuraciones políticas y culturales diferentes. La división esencial en la sociedad moderna no se encuentra actualmente entre quienes poseen los medios de producción y un «proletariado» indiferenciado, sino en las relaciones burocráticas y autoritarias entre quienes tienen el poder de decisión y quienes no lo tienen, en todos los tipos de organización, política, económica y social. La tarea del sistema político se convierte en el control de esas relaciones, respondiendo a las diversas presiones en favor de una distribución equitativa y una justicia social.

El concepto de sociedad post-industrial sugiere que existe un núcleo de problemas comunes, que dependen ampliamente de la vinculación de la ciencia a la política pública, y que esas sociedades tendrán que resolver; pero la resolución puede adoptar diferentes maneras y diferentes propósitos. El sociólogo busca «patrones ordenadores» que permitan vislumbrar el camino que el cambio social escoge en cada sociedad. El concepto de sociedad post-industrial es uno de esos «patrones ordenadores» para hacer más inteligibles los cambios complejos en la estructura social occidental.

DE LOS BIENES A LOS SERVICIOS: LA FORMA CAMBIANTE DE LA ECONOMÍA

En el *Manifiesto Comunista*, acabado de redactar en febrero de 1848, Marx y Engels contemplaban una sociedad en la que había sólo dos clases, la capitalista y la trabajadora —los pocos que poseían los medios de producción, y los muchos que vivían para vender su fuerza de trabajo—, como las dos grandes clases antagónicas de la historia social, encerradas en el conflicto definitivo. En muchos aspectos se trataba de una predicción notable, aunque sólo fuera porque entonces la mayoría de las personas en Europa y los Estados Unidos no eran ni capitalistas ni trabajadores, sino granjeros y campesinos, y el tipo de vida en esos países era abrumadoramente agrícola y artesanal.

Inglaterra era el modelo evidente de la industrialización, pero a pesar de Manchester, Leeds, Birmingham y Sheffield, Gran Bretaña no era a mediados de siglo una sociedad industrial de modo como lo demuestran claramente las estadísticas de empleo. Como escribe David Landes:

El censo británico de 1851 —con todas sus inexactitudes— muestra un país en el que la agricultura y el servicio doméstico eran con mucho las ocupaciones más importantes; en el que la mayoría de la fuerza de trabajo estaba empleada en industrias del viejo tipo: ramo de la construcción, sastrerías, zapaterías, trabajos no especializados de todo tipo. Hasta en la manufactura del algodón, que tenía más de tres quintas partes de su mano de obra superior al medio millón (de un total de casi seis millones), casi dos tercios de las unidades de producción empleada en las factorías textiles empleaban menos

de cinco hombres; el promedio de las fábricas en Inglaterra empleaba a menos de 200; y decenas de miles de telares manuales estaban todavía en funcionamiento en casuchas rurales ¹.

Si Inglaterra estaba escasamente adelantada a mediados de siglo, Europa continental estaba atrasada, en relación con ella, una generación en su desarrollo industrial. En Bélgica, la nación más industrializada del continente, aproximadamente la mitad de la mano de obra trabajaba en la agricultura (en Inglaterra solamente un cuarto). Alemania necesitó otros veinticinco años para alcanzar ese 50 por 100 de población industrial; en realidad, en fecha tan tardía como 1895 había más personas trabajando en la agricultura que en la industria. ¡Y en Francia el número de personas que trabajaban en la industria fue inferior al de la agricultura hasta la Segunda Guerra Mundial! Volviendo a los tiempos de Marx, en la Prusia de 1852, que a este respecto era representativa de toda Alemania, el 72 por 100 de la población estaba clasificada como campesina. Como comenta Sir John Clapham: «De ninguna manera podría considerarse, en general, a la industria alemana como capitalista; y antes de 1840 eran extraordinariamente raras las grandes empresas en forma de fábricas.» En Francia, en 1851, sólo un 10,5 por 100 de la población vivía en las ciudades y, según señala Clapham, «el número de negocios que empleaban a más de un centenar de personas en 1848 era tan pequeño que poco podía afectar al promedio de las de todo el país; fuera de la minería y la metalurgia apenas existían, [y] las auténticas condiciones fabriles eran excepcionales en la Francia de 1848». En los Estados Unidos, en 1850, de una población de 23 millones de personas, 19,6 millones vivían en el campo (es decir, en pueblos con menos de 2.500 personas), y de una mano de obra de 7,7 millones, 4,9 estaban trabajando en la agricultura, 1,2 en la manufactura y la construcción (sólo en 1870 se separaron esas dos cifras) y alrededor de un millón en el servicio doméstico ².

La visión de Marx del inexorable crecimiento de la sociedad industrial era, por ello, un atrevimiento. Pero el cambio social más importante de la sociedad occidental de los últimos cien años ha sido no sólo la difusión del trabajo industrial, sino también la desaparición simultánea del campesinado —y en un mundo ricardiano

¹ David Landes, *The Unbounded Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present* (Cambridge, Inglaterra, 1969), pp. 119-120.

² Las fuentes son Landes, *op. cit.*, p. 187; J. H. Clapham, *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914* (Cambridge, Inglaterra, 1945; primera edición, 1921), pp. 82, 84, 54, 70-71; *Historical Statistics of the United States* (Washington, D.C., 1960), pp. 14, 74.

de productividad decreciente de la tierra, la idea de que la productividad agrícola sería dos o tres veces la de la industria (como ha ocurrido durante los últimos treinta años en los Estados Unidos) resultaba completamente insospechada.

La transformación de la vida agraria (cuyos hábitos habían marcado la civilización durante cuatrocientos años) ha sido el hecho más significativo de la época. Contemplando la aplicación de la energía de vapor a las hilaturas, se podían aventurar predicciones sobre el despliegue de la mecanización y la extensión del trabajo industrial. Pero, ¿quién habría podido, con idéntica seguridad, hacer predicciones semejantes tras la invención por Cyrus McCormick de la segadora mecánica en 1832 y su exhibición en el Palacio de Cristal de Londres en 1851? Sin embargo, en Estados Unidos en la actualidad sólo el 4 por 100 de la fuerza de trabajo trabaja en la agricultura; el trabajo de poco más de tres millones de personas (frente a más del doble de este número sólo hace dos décadas) alimenta a 207 millones de personas, y si se abandonaran todas las limitaciones a la siembra, podrían alimentar probablemente a cincuenta millones más.

El lugar del campesino lo ha venido a ocupar el trabajador industrial, y durante los últimos cien años las vicisitudes del trabajador industrial —sus reclamaciones de dignidad y *status*, sus demandas de un reparto creciente de las ganancias industriales, sus deseos de intervenir en las decisiones que afectan a su trabajo y a las condiciones de empleo— han caracterizado las luchas sociales del siglo. Pero por encima de esto, en la visión utópica de Marx y el movimiento socialista, la clase obrera, que alcanzaría la conciencia de su destino en virtud de las condiciones de la lucha, era considerada como el agente, no sólo de la emancipación industrial, sino de la humana; las últimas grandes trabas sobre la producción y la abundancia serían removidas cuando la clase obrera alcanzase el control de los medios de producción y se acomodara en el milenio socialista.

Pero si se considera al trabajador industrial como el instrumento del futuro, o, más específicamente, al trabajador de las fábricas como el símbolo del proletariado, entonces semejante visión se equivoca. Pues se da la paradoja de que a medida que la industrialización progresa —la creciente sustitución del hombre por las máquinas— va erosionándose lógicamente la posición del mismo trabajador industrial ³. De hecho, a finales de siglo la proporción de trabajadores

³ En los escritos de Marx hay muchas opiniones contradictorias sobre esta situación. En los *Grundrisse*, los esbozos para la gran obra que precedía a *El Capital*, y que nunca fue publicada por Marx, contemplaba una época en la que casi todo el trabajo sería sustituido por las máquinas, y la ciencia, y no la fuerza de trabajo, sería considerada como la principal fuerza productiva.

fabriles en relación con el conjunto de la fuerza de trabajo será tan pequeña como la proporción actual de agricultores; además, el área entera de los trabajadores de cuello azul habrá disminuido tanto que el término perderá su significado sociológico a la vez que se establecerán nuevas categorías, más apropiadas a las divisiones de la nueva fuerza de trabajo. En lugar del trabajador industrial, veremos el predominio de las clases profesionales y técnicas en la fuerza de trabajo; tanto, que para 1980 será el segundo grupo ocupacional más extenso de la sociedad, y a finales de siglo el más extenso. Esa es la nueva revolución dual que se producirá en la estructura ocupacional, y, dado que la ocupación determina otros modos de conducta (aunque esto también está disminuyendo), se trata de una revolución en la estructura de clases de la sociedad como tal. Este cambio en el carácter de la producción y de las ocupaciones es un aspecto de la emergencia de la sociedad post-industrial.

El concepto de sociedad post-industrial adquiere significado si se comparan sus atributos con los de las sociedades industriales y pre-industriales.

En las sociedades pre-industriales —que aún hoy representan la situación de la mayor parte del mundo— la fuerza de trabajo se emplea abrumadoramente en las industrias extractivas: minería, pesca, silvicultura, agricultura. La vida es, en primer lugar, un juego contra la naturaleza. Se trabaja con la fuerza muscular bruta, con los métodos tradicionales, y el sentido del mundo está condicionado por la dependencia de los elementos naturales: las estaciones, la naturaleza del suelo, la cantidad de agua. El ritmo de la vida está determinado por esas contingencias. El sentido del tiempo es el de la *durée* (duración), de los momentos largos y cortos, y el ritmo del trabajo varía con las estaciones y las tormentas. Como se trata de un juego contra la naturaleza, la productividad es baja y la economía está sujeta a las vicisitudes de la naturaleza tangible y a las fluctua-

En *El Capital*, cuando está determinando la lógica de la composición orgánica cambiante del capital, Marx describe un doble proceso del que resulta, por una parte, una creciente concentración de las empresas y, por otra, un incremento en el «ejército de reserva industrial», es decir, en el desempleo. Sin embargo, Marx no podía escapar a su propia retórica y en el penúltimo capítulo de *El Capital*, cuando está describiendo, de manera nada firme, el hundimiento del capitalismo, escribe: «junto con la constante disminución de los magnates del capital... crece la revuelta de la clase trabajadora, que aumenta sin cesar su número... La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanza finalmente un punto en el que se hace incompatible con su tónica capitalista. Esa tónica se rasga de pronto» (*El Capital*, vol. I, p. 837).

ciones caprichosas de los precios de las materias primas en la economía mundial. La unidad de la vida social es la familia ampliada. El bienestar consiste en dejar hambrientos a otros cuando sea necesario —lo que sucede casi siempre.

Debido a la baja productividad y al exceso de población, hay un alto porcentaje de desempleo, que se distribuye habitualmente en los sectores de la agricultura y los servicios domésticos. Por eso existe un alto componente de servicios, pero de tipo personal o familiar. Puesto que los individuos buscan sólo suficiente comida para sí mismos, el servicio doméstico es barato y abundante. (En Inglaterra, hacia la mitad de la época victoriana, la clase ocupacional más numerosa en la sociedad era el servicio doméstico. En *Vanity Fair*, Becky Sharp y Captain Rawdon Crawley están sin un penique, pero tienen un criado; Karl Marx y su numerosa familia vivían en dos habitaciones en Soho hacia los años 1850, y algunas veces tenían dificultades para pagar la renta; pero tenían una criada leal, Lenchen, y algunas veces dos.) Las sociedades pre-industriales son sociedades agrarias estructuradas según las formas tradicionales de la rutina y la autoridad.

Las sociedades industriales —principalmente las situadas alrededor del litoral del Atlántico Norte, más la Unión Soviética y el Japón— son sociedades productoras de bienes. La vida es un juego contra la naturaleza fabricada. El mundo se ha convertido en técnico y racionalizado. La máquina predomina, y los ritmos de la vida están acompañados mecánicamente: el tiempo es cronológico, metódico, imparcialmente espaciado. La energía ha sustituido a la fuerza muscular bruta y proporciona la fuerza necesaria para la productividad —el arte de hacer más con menos—, y es la responsable de la producción masiva de bienes que caracteriza a la sociedad industrial. La energía y las máquinas transforman la naturaleza del trabajo. Los conocimientos del oficio quedan divididos en sus componentes más simples, y el artesano del pasado es sustituido por dos nuevos personajes —el ingeniero, responsable del trazado y del flujo del trabajo, el trabajador semiespecializado, el engranaje humano entre las máquinas— hasta que la ingeniosidad técnica del ingeniero cree una nueva máquina que le sustituya a la perfección. Es un mundo de coordinación en el que los hombres, los materiales y los mercados se ensamblan para la producción y distribución de bienes. Es un mundo de planificación y programación, en el que los componentes de los bienes son producidos conjuntamente en el tiempo justo y en la proporción justa para acelerar el flujo de bienes. Es un mundo de organización —de jerarquía y burocracia— en el que los hombres son tratados como «cosas», porque se puede coor-

dinar más fácilmente a las cosas que a los hombres. De esa forma, se introduce una distinción necesaria entre el *rol* y la persona, que se formaliza en el organigrama de la empresa. Las organizaciones se interesan por las exigencias de los *roles*, no de las personas. El criterio de la *técnica* es la eficiencia, y la forma de vida se modela sobre la economía: cómo extraer la mayor cantidad de energía de una unidad dada de naturaleza (carbón, petróleo, gas, energía hidráulica) con las mejores máquinas a un precio competitivo. Las palabras claves son maximización y optimización, en una cosmología derivada del cálculo de la utilidad y la felicidad de Jeremy Bentham. La unidad es el individuo y la sociedad libre es la suma de las decisiones individuales unidas por las demandas registradas eventualmente en un mercado. Realmente la vida no es nunca tan «unidimensional» como afirman aquellos que convierten cada tendencia en un absoluto ontológico. Permanecen elementos tradicionales. Los grupos de trabajo intervienen para imponer sus propios ritmos y «atacos» (o restricciones a la producción) cuando pueden. El despilfarro asciende. El particularismo y las decisiones políticas abundan y suavizan la calidad inflexible de la vida industrial. Sin embargo, permanece lo esencial, el factor técnico.

Una sociedad post-industrial se basa en los servicios. En consecuencia, es un juego entre personas. Lo que cuenta no es la fuerza bruta, o la energía, sino la información. La persona clave es el profesional, pues está equipado, por su educación y preparación, para proporcionar los tipos de especialización cuya demanda aumenta en la sociedad post-industrial. Si una sociedad industrial se define por la cantidad de bienes que indican un nivel de vida, la sociedad post-industrial se define por la calidad de la vida tal como se mide por los servicios y comodidades —salud, educación, diversiones y las artes— que ahora son premios deseables y posibles para todos.

La palabra «servicios» comprende cosas diferentes, y en la transformación de la sociedad industrial en post-industrial se distinguen diferentes etapas. Primeramente, en el mismo desarrollo de la industria hay una expansión necesaria de los transportes y las empresas públicas como servicios auxiliares en el movimiento de las mercancías y en la utilización creciente de la energía, y un crecimiento de la fuerza de trabajo no industrial, pero todavía «de cuello azul». En segundo lugar, con el consumo masivo de bienes y el desarrollo de la población hay un incremento en la distribución (mayoristas y minoristas) y las finanzas, inmuebles y seguros, centros tradicionales de los empleados «de cuello blanco». En tercer lugar, con el crecimiento de la renta nacional, resulta que, como en el teorema de Christian Engel, estadístico alemán de la segunda mitad del

siglo XIX, la proporción de dinero gastada en comida comienza a bajar y los incrementos son utilizados para bienes duraderos (vestidos, casas, automóviles), y después para lujos, diversiones y cosas semejantes. De esa forma, un sector terciario, el de servicios personales, comienza a desarrollarse: restaurantes, hoteles, autoservicios, viajes, entretenimientos, deportes, al tiempo que los horizontes de la gente se expanden y se desarrollan nuevas necesidades y gustos. Pero entonces empieza a intervenir una nueva conciencia. La reivindicación de una vida mejor que la sociedad ha prometido se centra en las dos áreas que son fundamentales para esa vida: la salud y la educación. La eliminación de la enfermedad y el creciente número de personas que pueden vivir una existencia plena, además de los esfuerzos para extender la duración de la vida, hacen de los servicios sanitarios un factor crucial de la sociedad moderna; y el desarrollo de las exigencias técnicas y la especialización profesional hace de la educación, y del acceso a la educación superior, la condición para entrar en la sociedad post-industrial. Así, nos hallamos ante el desarrollo de una nueva intelectualidad, en particular formada por los profesores. Finalmente, la reivindicación de más servicios y la inadecuación del mercado para satisfacer las necesidades de las gentes de un medio ambiente decente, así como una mejor educación y sanidad, conducen al desarrollo de los organismos del gobierno, en particular a nivel estatal y local, donde tales necesidades tienen que ser resueltas.

La sociedad post-industrial, en consecuencia, es también una sociedad «comunal», en la que la unidad es la comunidad y no el individuo, y se toman «decisiones sociales» frente a la simple suma total de las decisiones individuales que al agregarse terminan en pesadilla, según el modelo del coche particular y la congestión del tráfico colectivo. Pero la cooperación entre los hombres es más difícil que la gestión de las cosas. La participación se convierte en una condición de la comunidad, pero cuando grupos muy diversos quieren cosas demasiado diferentes y no están preparados para pactar o negociar, entonces aumentan los conflictos o se producen estancamientos. O hay consenso, o hay obstaculización.

Al ser un juego entre personas, la vida social se hace más difícil debido a que se multiplican las reclamaciones políticas y los derechos sociales, a que la rapidez del cambio social y la mutación de las modas culturales aturullan lo viejo, y a que la orientación hacia el futuro erosiona las guías tradicionales y las costumbres del pasado. La información se convierte en un recurso central y en una fuente de poder dentro de las organizaciones. El profesionalismo se convierte de este modo en un criterio de posición, pero choca con

frecuencia con el populismo generado por las reclamaciones de más derechos y más participación en la sociedad. Si la lucha entre capitalistas y trabajadores, dentro de las fábricas, fue la característica de la sociedad industrial, el choque entre el profesional y el populacho, en la organización y en la comunidad, es el rasgo característico del conflicto en la sociedad post-industrial.

Este, entonces, es la cobertura sociológica del esquema del desarrollo social que conduce a la sociedad post-industrial⁴. Para identificar más directamente su fisonomía estructural y sus tendencias, pasemos ahora a la distribución de las tareas por sectores económicos y al perfil del cambio en las ocupaciones dentro de la economía estadounidense.

Los sectores de trabajo y ocupación

A poco de comenzar el siglo xx, sólo tres de cada diez trabajadores en el país se empleaban en las industrias de servicios y los otros siete en la producción de bienes. En 1950 esa proporción se había casi equilibrado. En 1968, las proporciones habían cambiado de manera que seis de cada diez trabajadores estaban empleados en las industrias de servicios. Para 1980, con el creciente predominio de los servicios, casi siete de cada diez trabajadores se encontrarán en las industrias de los servicios (véanse cuadros 2.1, 2.2 y 2.3). Entre 1900 y 1980, con la inversión de las proporciones entre los sectores, se han producido dos cambios estructurales en la economía americana: por un lado, el giro hacia los servicios, y por otro el surgimiento del sector público como uno de los sectores de empleo más importantes.

Históricamente, el giro del empleo a los servicios no representa una desviación repentina de las tendencias a largo plazo. Como señala Victor Fuchs: «Por muy lejos que miremos sobre la distribución industrial de la fuerza de trabajo, nos encontramos una tendencia secular hacia el crecimiento del porcentaje del sector servicios»⁵. Desde 1870 a 1920, el giro a los servicios se podía explicar casi por completo por el paso de la agricultura a las ocupaciones industriales; el empleo en los servicios creció tan rápidamente como en la industria, y los mayores incrementos en los servicios se produjeron en los sectores *auxiliares* de los transportes, las empresas de

⁴ Las cuestiones teóricas más importantes sobre la naturaleza de la posición de clase y del poder, así como los cambios en el sistema de estratificación, se examinan en el capítulo 6.

⁵ Victor Fuchs, *The Service Economy* (Nueva York, 1968), p. 22.

servicios públicos y de distribución. Fue el período de la industrialización en la vida americana. Después de 1920, sin embargo, los índices de crecimiento en los sectores no-agrícolas comenzaron a separarse. El empleo industrial aumentaba todavía numéricamente, pero ya su *participación* sobre el total de empleo tendía a decrecer, mientras el empleo en los servicios comenzaba a crecer según índices más rápidos; y desde 1968 a 1980, si consideramos a la manufactura como el sector industrial clave, su índice de crecimiento será inferior a la mitad del de la fuerza de trabajo en su conjunto.

CUADRO 2.1. *Distribución sectorial del empleo por bienes y servicios, 1870-1940 (en millares)*

	1870	1900	1920	1940
<i>Total</i>	12.000	29.000	41.600	49.860
<i>Producción total de bienes</i>	10.630	19.620	23.600	25.610
Agricultura, silvicultura y pesca	7.450	10.900	11.400	9.100
Industria	2.250	6.300	10.800	11.900
Minería	180	760	1.230	1.100
Construcción	750	1.660	2.170	3.510
<i>Producción total de servicios</i>	2.990	9.020	15.490	24.250
Comercio, finanzas y bienes raíces	830	2.760	4.800	8.700
Transporte y servicios públicos	640	2.100	4.190	4.150
Servicio profesional	230	1.150	2.250	4.000
Servicio doméstico y personal	1.190	2.710	3.330	5.710
Gobierno (no clasificados en otro lugar)	100	300	920	1.690

FUENTE: Adaptado de *Historical Statistics of the United States 1820-1940*, series D57-71, p. 74.

NOTA: Las sumas no son siempre exactas porque se desprecian los pequeños números y se redondean las cifras.

La gran divisoria comenzó en 1947, después de la Segunda Guerra Mundial. En ese momento, el empleo estaba equilibrado. Pero a partir de entonces, los índices de crecimiento comenzaron a separarse en una forma nueva y acelerada. De 1947 a 1968 se produjo un crecimiento de un 60 por 100 aproximadamente en el empleo en los servicios, mientras en las industrias productoras de bienes el incremento no llegó al 10 por 100. A pesar del constante incremento de la producción total de bienes durante la década de 1970, esta tendencia persistirá. En conjunto, las industrias productoras de bie-